

**Habitats y sociedades del Pacífico, Vol. 1: La Bahía de Solano,  
de Mosquera Torres, Gilma y Aprile-Gnisset, Jacques<sup>1</sup>**

**Elías Sevilla Casas<sup>2</sup>**

Como primero de una serie de siete volúmenes estos investigadores del Centro de Investigaciones en Territorio, Construcción y Espacio, de la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Valle, nos entregan un “examen de la dimensión histórica del poblamiento y de la configuración del sistema urbano-regional moderno” correspondiente a la Bahía de Solano en la Costa Pacífica Norte de Colombia. Los otros volúmenes por venir versarán sobre la comarca central del río Atrato (vol. 2), las aldeas del río San Juan (vol. 3), las aldeas marítimas y fluviales de la costa de Buenaventura (vol. 4), el puerto-ciudad de Buenaventura (vol.5), Nuquí, entre aldea y ciudad (vol. 6) y Tumaco (vol. 7), tomados como focos de consideraciones más generales sobre urbanismo y vivienda.

La serie anunciada es el resultado de un largo y sostenido esfuerzo de esta pareja de mujer arquitecta y hombre urbanista, iniciado en Quibdó, 1966, con una visita de un mes por las aldeas fluviales del Atrato. Eran ellos entonces investigadores –arquitectos planificadores– de la Universidad Nacional, que no pensaban aún que las circunstancias de la vida los llevarían pronto a la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Valle. Su profesionalismo investigador les trazó un complejo recorrido que producirá de manera sistemática una tipología de la red completa de asentamientos del Pacífico colombiano, que va desde los asentamientos costeros en el Golfo de Cupica hasta la Bahía de Tumaco, pasando por los riverinos del gran sistema fluvial del San Juan-Atrato en el norte y de las llanuras del Pacífico en el centro-sur. Hoy entregan a las comunidades académica, institucional, y *emberá-neoafricanas* el resultado de las indagaciones que lograron culminar con la ayuda de un grupo académico de colaboradores y, desde luego, de las mismas comunidades.

Durante estos 34 años sus iniciales intereses cognoscitivos, centrados en una sencilla morfología tipológica de base cuantitativa, se transformaron en un programa ambicioso de *investigación e intervención*. Este respondía, en su concepción general (aunque el texto hoy analizado no lo reconoce explícitamente, como tampoco elabora nada sobre las implicaciones del título “*Habitats*”), a algunas de las líneas

<sup>1</sup> Referencia completa: MOSQUERA TORRES, Gilma y APRILE-GNISSET, Jacques, *Habitats y sociedades del Pacífico, Vol. 1: La Bahía de Solano*, Cali, Universidad del Valle – Citse, 2001, 379 pp. ISBN Obra Completa 958-96762-5-1; Volumen 1 958-96762-4-3

<sup>2</sup> Profesor del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle e Investigador del Cidse; e-mail: esevilla@telesat.com.co.

maestras del entonces emergente programa *Habitat* de las Naciones Unidas. Pienso particularmente en su cometido central, que es el *estudio para mejoramiento mediante cuidadosa intervención experta*, de los tipos de asentamiento aldeano y urbano, que a lo largo de los tiempos se han dado en la región. *Habitat* en el ideario de las Naciones Unidas implica las dimensiones vivienda, desarrollo social y erradicación de la pobreza, manejo ambiental, desarrollo económico, gobernabilidad y cooperación internacional y experta. Los autores, fieles a su perfil de arquitectos y planificadores, hicieron *énfasis práctico* en el mejoramiento de la vivienda y de los asentamientos aldeanos, y con ello atrajeron el interés no sólo de algunas fundaciones y organizaciones privadas y gubernamentales, sino el de las mismas comunidades, esencial para poder realizar este tipo de estudio. El esfuerzo práctico se vio coronado al final de la década de los 90 con un apoyo de orden académico, de Colciencias y la Universidad del Valle, que les permitió poder organizar y expresar tímidamente la *concepción teórica de fondo*. Desde un comienzo, como ocurre con todos los investigadores serios, ésta había alimentado las propuestas prácticas pero había permanecido latente en los productos iniciales, que anteceden a la serie que ahora nos anuncian.

Como bien lo reconocen los autores, ellos trabajan sobre terrenos ya desbrozados con admirable maestría por los geógrafos Robert West (1956) y Ernesto Guhl (1975), quienes en los años 50 y 60, respectivamente, hicieron las primeras incursiones sistemáticas no sólo en la húmeda geografía física del Pacífico Colombiano, recorrida palmo a palmo, con libreta y cámara fotográfica en mano, sino en la organización descriptiva y tipológica de los patrones principales de los asentamientos costeros y fluviales, de su demografía, de su economía, y de sus tendencias socioculturales. Entre éstas sobresale *la relación estrecha* (“simbiótica” la llaman los autores) de *nativos amerindios con inmigrantes negros* quienes, a partir de bases originalmente mineras de las partes medias de los ríos (a donde habían sido llevados como esclavos en La Colonia) y de nucleamientos cimarrones, habían descendido hacia la costa desde comienzos del siglo XX.

Los avances que se nos ofrecen en este primer volumen mencionan también otros estudios posteriores a West y Guhl, pero los autores se especializan en lo suyo, que saben hacer bien: profundización, por trabajo detenido, milimétrico, y paciente, de mediciones, planos, entrevistas, genealogías, historias, visitas a cementerios, y sentido alerta de la observación circunstancial del medio y de la gente. Todo ello para detectar las dinámicas demográficas básicas que relacionan al ser humano con el espacio en sus diversas escalas, las cuales en el presente volumen tienen como cota máxima la Bahía de Solano. Los autores se mueven en su trabajo desde la micro-disposición de los componentes de una vivienda, traducida a planos arquitectónicos precisos, hasta la disposición meso-espacial de las aldeas tipo, registradas en mapas de cuidadosa escala; desde la retrospección, por resumen apretado de fuentes preexistentes, de la historia general del poblamiento de la zona

hasta el seguimiento generación tras generación de líneas singulares de familias que se ramifican en el espacio aldeano e inter-aldeano (por la entonces respetada ley de la exogamia), en el curso de un siglo, a partir de parejas fundadoras que llegaron a un lugar cualquiera en busca del caucho o de la tagua; desde descripciones puntuales de procesos de cultivo, o de curación de picaduras de serpiente, a consideraciones más generales sobre el “tránsito y ocaso de la comunidad doméstica aldeana” que “entra en descomposición y transita paulatinamente hacia otras formas hasta convertirse en sociedad campesina semejante a las del resto del país” porque al parecer “llegaron al tope óptimo del modelo” (pp. 362-364). Los autores hablan entonces, al final, con resignación mal disimulada, de la implacable “dialéctica aldeana” que impregna el conjunto del volumen.

El texto se compone de cinco partes. La *primera* describe el proceso general de poblamiento costero en la bahía, que es mirado dentro de la dinámica macroregional. Desde las primeras décadas del siglo XX ella había movido a *neoafricanos* desde los núcleos del Atrato-San Juan hacia diversos puntos de la costa, incluyendo la bahía. Describe con el detalle de planos, genealogías, censos y relatos procedentes de entrevistas, la génesis de varias aldeas (Playita de los Cuesta, Huaca, Mecana, Nabugá, Playita de los Potes) para cerrar con el relato y plano de Jella o Ciudad Mutis, la capital de la comarca. Dos anexos documentales ofrecen detalles de la acción gubernamental de 1935 centrada en la instauración de la Colonia Agrícola de Bahía Solano, aldea que más tarde se convertiría en el polo dinámico mercantil e institucional de la bahía.

La *segunda parte* se concentra en Huina, la primera aldea al sur de la bahía, que emerge con el siglo XX merced a un cocal que plantó la pareja del *libre neoafricano* Secundino Rivas y la *nativa embera* Estanislada Valencia; una hija de Rivas se unió años más tarde con el advenedizo José Ángel Pacheco y de este modo se inició la distribución dual del asentamiento, en un patrón de ramas familiares, Rivas y Pacheco, que duró todo el siglo. La dinámica de la endogamia y exogamia con las aldeas vecinas, que hace correr sangre “simbiótica” en los hijos y nietos de *cobrizos* y *neoafricanos*, implicó el crecimiento de la “aldea de familiares”, que es dibujada en los planos cada vez más expandidos y complejos. Hasta 1930 el eje económico lo había constituido la extracción del caucho y de la tagua, apoyado, desde luego, por la producción doméstica de las parcelas y por la pesca complementaria. A partir del 30 desaparece el eje extractivo; los “colonos” deben entonces “transitar resignadamente hacia formas propias del campesinado autosuficiente”, que combina la pesca con los productos de la finca: maíz, guineo, plátano, arroz, yuca, ñame y engorde de puercos. Así se llega a los años 60.

La *tercera parte* narra, con talante aún más resignado,

“la reversión de tipo ‘boomerang’, que la ‘concentración de las fuerzas productivas concentradas en la cabecera, con un nuevo modelo social y económico, va sometiendo definitivamente los caseríos que fueron su

alimento; ahora debilitados y completamente dependientes. Impulsada por las aldeas, la cabecera crecía en detrimento de ellas. Nacida de fuerzas originadas en las aldeas, devolvía contra ellas el poder adquirido en ellas” (p. 231).

Una vuelta de tuerca más en “la dialéctica de las aldeas”. Sólo Huina, por razones no muy claras, había escapado –hasta entonces– al destino implacable de las *leyes de la historia*. Estas leyes, en el modelo teórico de los autores, provienen de Hegel y de Marx-Engels, interpretados por los tratadistas canónicos del paradigma histórico-materialista (Godelier, Meillassoux, Terray, Paul-Levy y Segaud, Semionov, etc.): ellos ya habían trazado la trayectoria de las aldeas. En terreno bastaba verificar, confrontar y refutar (pp. 161, 354). El modelo, aunque poco explícito en un texto que parece, a primera vista, sobrecargado de datos primarios, en esta parte emerge *ad pedem litterae* y con abrumadora claridad, de la lectura entre líneas. El lector es entonces inducido a pensar que la sufrida indagación de 34 años no cumple otra función que la de comprobar que aquí también los procesos económicos, demográficos y socioculturales proceden de acuerdo con los cánones trazados por Marx-Engels y sus intérpretes. Por tanto, los autores concluyen que la “dialéctica de los umbrales” marca el “tránsito” de lo cuantitativo a lo cualitativo, muestran en un momento la contradicción de los opuestos, y un poco más tarde su superación por la negación de la negación. La dialéctica en su decimonónica y hegeliana pureza se pasea, esplendente y eurogénica, por playas, aldeas y platanales.

Los componentes de la máquina implacable, son mirados por los autores con desesperanza y sufridos por sus víctimas con la ciega *resignación de derrotado* que encontramos en Secundino, el pescador que gradualmente se tecnificó, pero que al hacerlo quedó atrapado en las redes de la dependencia.<sup>3</sup> Esos elementos son: “las fuerzas productivas”; “el capital humano” (entendido no al estilo de Becker, sino como masa demográfica); las relaciones de parentesco (consanguinidad, afinidad; endogamia, exogamia y tabú del incesto, que al final es subvertido impunemente en Huina); la combinación de lo arcaico residual con lo moderno hegemónico; los arreglos “simbióticos” entre *antiguos* y *neoafricanos*; la fragmentación de unidades de tenencia en filiales que se oponen entre sí; la

---

<sup>3</sup> “El caso de Secundino (hijo de Lucenila Rivas y marido de María Pacheco) ilustra la tecnificación progresiva de la pesca. Siendo niño, el “cholito” pescaba con flechas las lisas de la quebrada, luego se aventuró en el mar con la diminuta canoa y arpón, frente a la playa. Antes de los quince años armaba líneas con nylon, boyas y anzuelos. Entonces, ya adolescente, iba a canaleta a dos horas mar afuera. A los veinte años consiguió en préstamo un pequeño motor y la pesca se convirtió en su actividad diaria regular. Llegó a unos “pescaderos” en aguas profundas en donde viven los “umbulus”, los pesados “pargos roqueros”, y “bravos” de cincuenta libras o más.

Pero dañado el motor, Secundino lo tiene que llevar a un taller del pueblo, donde el mecánico tiene diez motores esperando arreglo; algunos aguardan un repuesto que debe llegar de Medellín o de Bogotá. Secundino lleva diez días esperando, sentado en la casa ... (p. 227).

nuclearización de la residencias neoconyugales; el “tránsito” de la vivienda desde amplios tambos abiertos hasta malolientes piezas de alquiler; y el “efecto boomerang” de “canibalismo” interaldeano y dominación por parte del centro comarcal. Huina pudo evadir esta dialéctica hasta finales del siglo, y mantuvo contra viento y marea la organización dual primigenia de los Rivas y Pacheco. Pero llegó al nuevo milenio con innegables perspectivas de derrota: “su desarrollo exitoso conduce forzosamente a su negación e implica su próxima desaparición” (p. 364). También allí la dialéctica pudo imponer su implacable lógica en las primeras y segundas calles y se metió hasta las alcobas neoconyugales y nuclearizadas a perturbar las relaciones íntimas.

La *cuarta parte*, dedicada al tema especializado de la tipología de la vivienda, no hace sino plasmar en este dominio, hermosamente descrito con finos planos a escala, la consabida “dialéctica de los umbrales”: la amplitud y autonomía del modelo “*autóctono*”, copiado de los nativos, “transita” primero hacia el estadio intermedio o *tradicional*, con planta más racionalizada pero todavía ejecutado con materiales locales; y concluye, con el siglo, en el *modelo moderno*, levantado con ayuda de arquitectos y materiales manufacturados traídos por mar y aire desde Buenaventura, Medellín y Cali. Los cambios en la estructura doméstica corren paralelos con los cambios en la planta de las aldeas: la sencilla linearidad, amplitud e intercambio simple de espacios disponibles, en los comienzos de siglo –que se medía con lo que la vista alcanza– pasa a encogerse y *venderse por metro cuadrado* en “calles segundas”, paralelas. Aparecen conjuntos residenciales parentales y las escasas construcciones de foráneos se convierten en sectores completos destinados al turismo. Desde luego, a este fenómeno ayudaron de manera contundente las incursiones de los foráneos “paisas” (allí todo foráneo lo es) quienes a partir de la década del 70 encontraron en las playas de la bahía el lugar soñado, y soleado, de sus días de vacaciones.

Nadie dudará de que el trabajo benedictino y muy profesional de los profesores Mosquera y Aprile es una contribución de primer orden dentro de la escasa *buena* literatura sobre el Pacífico colombiano. Con luz propia viene a ponerse, por su envergadura y seriedad, al lado del de los magníficos pioneros mencionados (West y Guhl), y de otros también dignos de mención, como Whitten, Cuatrecasas, los Pineda, Sánchez de Friedemann, Arocha, o Wade. Desde mi punto de vista (que vale tanto como mis argumentos) disminuye algo este importe el marco conceptual, no su loable y loadado propósito práctico. La rigidez del primero (des)orientó, a mi juicio, la construcción del voluminoso conjunto de “hechos” registrados con tanta paciencia, y la torturadora interpretación cuasi-mecánica a que los someterion introducen desasosiego en el lector. Para muchos críticos contemporáneos ese marco está debilitado por el mismo peso de su grandiosidad dogmática y por la rígida concepción decimonónica de la investigación científica que lo aqueja. El proceso es simple y reiterativo: se buscan instancias de verificación para verdades ya conocidas y codificadas.

Con cierta aprehensión de la ocasión perdida concluyo que esta fijación conceptual ha impuesto limitaciones al producto final de tan admirable trabajo. Me temo que, por atender a la “verificación” de esquemas que los autores consideran propios de la “la moderna etnología”<sup>4</sup> (p. 161) se dejan de lado objetivos más urgentes, más actuales, y de enorme relevancia para las instituciones académicas, de desarrollo social, y sobre todo para las comunidades mismas. Todos ellos reclaman estudios como el que se nos entregan pero con orientación distinta.

Lo triste es que este derroche de oportunidad se hace tanto más sensible cuanto pudieron ser preciosos los soportes empíricos recogidos pacientemente por los investigadores. Esta base empírica, como el aceite antiguo, ayudado de la diplomacia de que hacen gala los autores, impondrían algo de calma en el mar agitado de las actuales disputas doctrinarias de los “expertos” sobre “el desarrollo” y el mejoramiento del “habitat” (en el sentido de UN) de las poblaciones *negras e indias del Pacífico colombiano*. Como sabemos los que admiramos la obra de West y hemos recorrido algunos de sus transectos, y como lo recuerdan a lo largo del texto los autores, estas poblaciones habían establecido *una simbiosis armónica* entre dos grupos que si bien son distintos, son hoy pensados *a priori* como antagónicos por los expertos y los nuevos estrategas “étnicos” que los siguen de cerca.

Esa armonía estaba, como lo demuestran los autores, refrendada por vínculos de sangre, que es más espesa que cualquier otro fluido en que navegan intereses, inclusive es más recia que el humus de la tierra y el símbolo del territorio. Hasta el advenimiento de la Ley 70 estos “últimos salvajes” (Escobar 1999), sin ayuda de los antropólogos y demás expertos –hoy enfrentados en batallas interpretativas y penosas recriminaciones<sup>5</sup>–, habían demostrado durante suficientes décadas que es posible convenir arreglos de convivencia interétnica que implicaron incluso reconocimientos de fina diplomacia sobre el delicadísimo tema de los territorios y tenencia. Hoy la situación es tensa y anuncia disputas que pueden terminar en violencia letal, como ocurrió hace poco entre guambianos y paeces. Conscientes de la importancia del asunto y del “aceite” que tienen entre manos, pero no lo suficiente como para ser más afirmativos (tal vez por temor a desatar iras no merecidas), los autores hacen reflexiones que me parecen pudieron ser más contundentes:

“En nuestra opinión [se atreven a opinar al término de un bosquejo, demasiado breve dada la importancia del tema, de los arreglos y reconocimientos seculares de convivencia entre “antiguos” y “neoafricanos” (pp. 132-143)] no se puede en forma alguna tan abrupta y antagónica,

---

<sup>4</sup> Godelier y compañía interpretaban los sesquicentenarios textos de Marx-Engels hace casi cuarenta años.

<sup>5</sup> Detalles, por ejemplo en Wade (1996), Arocha (1996) y Yevilngton (2001).

oponer lo americano y lo africano, acudiendo de paso al desatino de la “africanidad”, sin considerar ni la presencia ni el peso de un mestizaje biénico que lleva siglos operando, y desconociendo de manera tajante sus productos actuales, biológicos, sociales y culturales; e ignorando de paso la gran masa de aquellos que son “negros indios” y aquellos que son “cholos negros” o “cholos mulatos.

La consecuencias de esta falta de distinción y de una simplificación esquemática se ven en la actualidad. Es así como la recién aprobada ley 70 es expresión política de la conciencia territorial del campesinado neoafricano. Pero el mestizaje [desprestigiado por más de un importante profesor noreuropeo con el sambenito binario de la *absoluta* malignidad del blanqueamiento; ESC] no figura en la ley “de las negritudes” [que ayudaron a formular estos expertos; ESC]; desconociendo de [sic] una realidad que seguramente complicará aún más su difícil aplicación”.

Este es uno de los importantes aspectos que dentro de una concepción actualizada del *habitat* podrían haberse convertido en líneas maestras del texto publicado. Otros aspectos podrían ser detectados en la amplia literatura que divulga la agencia especializada de las Naciones Unidas (ver p.e. Debate UNSCH, March 2001), en donde se resaltan los componentes del *habitat* complementarios a los de la vivienda: el desarrollo social y erradicación de la pobreza; el manejo ambiental; el desarrollo económico; la gobernabilidad; y la cooperación internacional y experta. Una clasificación alternativa del mismo conjunto de problemas es la “*post-todo*”<sup>6</sup> que se recoge en las preguntas de Escobar (1999: 207):

“¿Cómo se están modificando las relaciones entre gente y naturaleza?  
¿Qué enseñanza nos puede dejar esta transformación acerca de las teorizaciones postmodernas de la naturaleza y la cultura, derivada especialmente de los contextos del primer mundo? ¿Qué puede aprenderse de las luchas y los debates sobre selvas tropicales con respecto a los diseños socioeconómicos alternativos y sobre la posibilidad de trascender el imaginario del desarrollo? ¿Corroboran los hechos en estas áreas la afirmación de que el capital está entrando a una ‘fase ecológica’? en la cual las formas modernas de destrucción coexistirían con las formas postmodernas de conservación? ¿Qué nos dicen los enfrentamientos socioeconómicos y culturales por definir a las selvas tropicales con respecto

<sup>6</sup> Postmoderna, postdesarrollista, postcapitalista, postnaturalista, [Postobón, por ser colombiana] etc. ¡Soy consciente de que puedo ser acusado de inconsecuencia: estoy proponiendo que se cambie un *paradigma* decimonónico por un *paraguas* multicolor que está de moda!

a las políticas de oposición, los imaginarios disidentes y la acción colectiva de los grupos sociales?”

Podría parecer un atrevimiento hacer sugerencias de lectura paradigmática a autores que tienen tan eminente recorrido y nos ofrecen tan granado fruto. Pero esa es una gabela que otorga a los lectores –complemento necesario de cualquier autor–, la publicación en el mundo intelectual; más cuando los autores han tenido la gentileza de entregar un ejemplar de cortesía con una implícita invitación a la lectura. No significa, por tanto, irrespeto sino lo contrario, profundo aprecio que lleva a leer con cuidado lo escrito por los respetados colegas y a decir en voz alta las propias expectativas, frustraciones y delicias que destila el leer con fruición. Tómenlo así los autores. No escribí para ellos sino para incitar a otros eventuales lectores a las dulzuras, y amarettos, de la fruición.

Hablé más arriba de “resignación de derrotado”. No encontré mejor término para un eufemismo que proteja el volumen aquí analizado de la fúnebre impresión que deja la despedida de los profesores Mosquera y Aprile en las últimas dos páginas, tituladas “Colofón”. La hacen desde el cementerio. La visita al de Huina, que está contiguo al de “antiguos” (indios), les permitió compilar la lista detallada de los nombres y fechas de defunción de los principales protagonistas de la historia local que acaban de contar: esa lista inicia con las tumbas de un *cholo* y un *libre*, muertos en febrero de 1935, sigue la de Estanislada Valencia, *emberá nativa* fundadora –en pareja con *el libre* (negro) Secundino Rivas, arriba mencionado–, de la cepa de este asentamiento prototípico. Termina con Teobaldo Hinestroza, muerto en marzo del 97. Son datos borrosos, fríos como lápidas, que denotan finamamiento, como las tumbas que se pierden entre la maleza verde del cementerio. Revelan de un lado la cura benedictina de los investigadores, y resaltan de manera contundente –como lo hacen también los *densos* hematocritos *biraciales* de los hijos, nietos y biznietos vivos–, una de sus tesis centrales, la que afirma la *simbiosis neoafricano-cobrizo* que domina el panorama demográfico y político local. Pero la preferencia, al final, por datos mortuorios ante todo marcan simbólicamente la orientación general negativa, retrospectiva, y “resignada” del estudio. Los investigadores comenzaron ubicándose en un pasado de hace cien años (o siglos, si se atiende al “cementerio antiguo”), y paso a paso llegaron al presente de la aldea de Huina. Allí se detuvieron. Pero terminan en el cementerio, sentados en el suelo (o en una de las piedras), como Secundino el muchacho pescador que todavía estará esperando que le arreglen su motor. Si nos atenemos a lo que el colofón connota, las pupilas de los autores se llevaron a Cali la imagen de lo que está enterrado; y, por la “dialéctica aldeana” de su modelo teórico, luego combinan esa imagen con la de los que están por enterrar, “porque llegó a su tope”. ¿No será que los *cobrizo-neoafricanos* del poblado vivo de Huina pueden resistir por lo menos cien años más? ¿No será que los hematocritos, mestizos y no mestizos, se siguen replicando? ¿Tendrán acaso sus portadores una segunda oportunidad?

## Bibliografía

- Arocha, Jaime. 1996. "Afrogénesis, eurogénesis y convivencia interétnica", En: Arturo Escobar y Alvaro Pedrosa (Eds.), *Pacífico ¿desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec/Ecofondo.
- Escobar, Arturo. 1999. "El proceso organizativo de las comunidades negras del Pacífico", En: A. Escobar, *El final del salvaje: Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, Bogotá, Cerec-ICAN.
- Guhl, Ernesto. 1975. *Colombia: Bosquejo de su geografía tropical*. 2 vols. Bogotá, Colcultura.
- The United Nations Centre for Human Settlements, 2001. *Habitat*. Debate, Vol. 7(1).
- Wade, Peter. 1996. "Identidad y etnicidad", En: Arturo Escobar y Alvaro Pedrosa (Eds.), *Pacífico ¿desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*, Bogotá, Cerec/Ecofondo.
- West, Robert. *The Pacific lowlands of Colombia*. Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- Yelvington, Kevin A. 2001. "The anthropology of Afro-Latin America and The Caribbean: Diasporic dimensions", In: *Annual Review of Anthropology*, 30: 227- 260.